

Mas asuntos de actualidad trata en sus *Sylva* ó poesías sueltas, que forman cuatro libros, y contienen panegíricos de varios príncipes de la familia de Gonzaga, de Federico de Urbino, de varios papas y particularmente de Inocencio VIII, y del rey Alfonso, á quien felicita por la recuperacion de Otranto, y expresa en términos elocuentes las esperanzas que se pueden fundar en su jóven hijo Maximiliano. Otras poesías dedica á autores y artistas amigos, como Pontano y Bervaldo el menor, ambos escritores, y Andrés Mantegna, pintor y escultor; y en otras describe lugares de baños y sitios campestres, ó excita á la paz á los habitantes de Roma, destruida por continuas guerras. Hasta en las églogas trata cuestiones de actualidad en medio de elogios convencionales de la vida del campo, de la dicha y tranquilidad que allí se disfrutan: generalidades sabidas y jamas sentidas, sin entrar en casos ni cosas particulares y reales, pero tomando partido por la poblacion rural en su competencia con la de las ciudades. Sobre este fondo teje asuntos que nada tienen que ver con la vida del campo, lamentándose, por ejemplo, del poco caso que los príncipes hacen de la gloria, es decir, de su mezquindad respecto de los literatos y artistas, ó combatiendo á los astrólogos y juristas, llamando á los primeros necios que cuentan los astros y se imaginan poder escudriñar los destinos, y á los segundos, raza de necios incurables, ó tambien criticando la ciudad de Roma, «que es para los hombres lo que el mochuelo para los pájaros.»

A pesar de tan acerbas críticas no fué Mantovano nunca satírico ni irreverente, siempre fué piadoso, grave y severo, como se presenta en todas sus obras, pero mas especialmente en las que escribió en prosa y en sus diálogos, que tratan de la paciencia, de la vida dichosa (*De vita beata*), de la conducta prudente, de la virtud, de la veneracion á los santos, del desprecio de los goces mundanos y del estado monacal, que recomienda como el único que permite al hombre trabajar para el bien de su alma.

Un interesante contraste forma con Mantovano otro fraile humanista que, jóven todavía, huyó del convento, corrió el mundo desahogando su exuberancia vital y volvió finalmente al redil, para concluir su vida como buen cristiano arrepentido de sus demasías. Era Teófilo Folengo, que en sus escritos se llamaba Limerno Pitocco ó Merlino Coccajo. Nació en Mantua el 8 de noviembre de 1491 y murió el 9 de diciembre de 1544 cerca de Padua. A la edad de 18 años entró en un convento de benedictinos y seis años despues lo abandonó para seguir el mundo y galantear mujeres, ejercicio mas á su gusto que los del convento. Finalmente, cansado de la vida agitada del mundo, ingresó en 1526 de nuevo en la orden, donde con una vida severa y santa y obras religiosas, trató de compensar sus anteriores extravíos y sus escritos antireligiosos y picarescos.

Folengo llevó la poesía macarrónica á la mayor perfeccion que era dado alcanzar en este género burlesco, mezclando el latin con el italiano. Su obra principal de esta clase se titula: *Macaronicum opus*, y refiere la historia de un tal Baldo, hijo de Guido y de Balovina, descendientes de los francos y establecidos en Mantua. Baldo, siendo niño todavía, ganaba á todos sus compañeros en ser pendenciero, peleaba con todos y les vencía, y unido á otros tres compañeros, Falceto, Cingaro y Fracaso, se hizo el terror de todos los demás. Cuando llegó á ser hombre, no mejoró, y habiéndose casado, tuvo en su mujer Berta un digno rival. Berta cometió toda clase de maldades mientras su marido estuvo encarcelado por varias fechorías que la justicia le pudo probar, hasta que consiguió evadirse, con el auxilio de algunos amigos que se introdujeron en la cárcel disfrazados de curas y huyeron con él. Aquí empieza una serie de aventuras por tierra y mar, cada una

mas increíble é imposible que la otra. Baldo por sí solo mata 2,000 enemigos en una batalla; luego, habiendo comprado uno de sus compañeros un morueco y echádole al mar, le sigue todo su rebaño y despues Baldo y los suyos. Sucédense naufragios, batallas, luchas con fieras, trasformaciones de los compañeros en monstruos, y luego su restitution á su primer estado. Marcha Baldo con sus secuaces á Libia, donde mata al guarda del Nilo, y todos penetran en el mundo subterráneo, donde obligan á Caronte á pasarles al otro lado de la laguna Estigia á pesar de su resistencia. Allí ven á las furias y presencian las penas que sufren los difuntos, en especial los poetas y filósofos, los cuales reciben por compañero especial á un demonio que tiene el encargo de arrancarles un diente por cada mentira de las que han dicho en vida.

La idea del poeta salta á la vista: quiere poner en ridículo á los autores que para abultar sus obras amontonan cosas fabulosas á falta de otras racionales que no saben discurrir; y al mismo tiempo ridiculiza tambien á los nobles caballeros, de los cuales Baldo es la personificacion, gente ambiciosa y baladrona pero en el fondo brutal, solapada y facinerosa, que se burla de todos y de todo, de la sociedad, de Dios y del diablo (*nil curat mundum, nil coelum, nilque diabulum*). Tambien se permite el autor alguna sátira contra la religion y los Evangelios, pero especialmente sobre la magia descarga golpes terribles, entendiendo por magia la astrología y la ciencia oculta que buscaba la piedra filosofal. Todas estas sátiras se oian entonces con frecuencia en prosa y verso, de suerte que la obra de Folengo se distinguió solamente por decir las cosas con mas gracia y por la admiracion mezclada con algo de envidia que profesaba Folengo á los autores clásicos, cuya celebridad atrae toda la admiracion de los contemporáneos y no deja medrar á los talentos modernos (*namque vesta nocet laus nobis sapi modernis*). Esta desconfianza no le impide alabar á muchos poetas de su tiempo, como Mantovano, Pontano, Sannazaro y hasta los marqueses sus soberanos de la casa de Gonzaga.

La otra obra, no precisamente macarrónica pero con mezcla de versos latinos, hasta una estrofa entera en el canto VIII y último (34), se titula: *Orlandino* y es una parodia del *Orlando* de Ariosto, que el héroe del primer poema macarrónico habia leído en su juventud, y al propio tiempo quizás una sátira de la casa de Este para realzar mas á los Gonzagas. Orlandino, hijo de Milon y de Berta, nace en Sutri y desde luego da pruebas de perversidad, desde las primeras tretas y travesuras de niño hasta las fechorías de jóven, que empiezan á asemejarse á crímenes. Los sucesos, aventuras, picardías y narraciones que forman la base y urdimbre de la obra son ó bien inventados por el autor ó corrientes ya en su época, y de todos modos no tienen hoy ningun interés. Mas importantes son para el estudio de aquella época las frases satíricas que abundan en la obra, principalmente las dirigidas contra los eruditos y la religion. Las primeras empiezan con la misma obra. El autor dice que para reunir datos sobre Orlandino habia ido á consultar á una bruja en el valle de Camonica; y preguntándola por la crónica de Turpin y por su veracidad, le habia enseñado la bruja una biblioteca de 50,000 tomos, entre los cuales estaba toda la obra de Turpin completa, y pasa á referir lo que en ella leyó. Luego, parodiando á los eruditos petulantés, cita sus mismas palabras diciendo: «Yo soy auténtico y la perla de los doctores.» Tambien se burla de las divagaciones etimológicas de los doctores sapientísimos de su tiempo, diciendo que Milan debería llamarse Milon, porque este fué el nombre del padre de Orlandino, solo que el vulgo ignorante habia corrompido el nombre, y que el de *Orlando* venia de *urlar* (aullar), por-

que siendo todavía pequeñito habian rodeado su cuna lobos aullando. Las sátiras contra la religion son frecuentes en toda la obra. En un pasaje dice el autor que él nada tiene que ver con la religion, pues que era simple gramático, pero que si así conviniese, no tendria dificultad en creer todo cuanto dicen el credo y la doctrina. En otro pasaje se burla por boca de Berta de la confesion oral y de la mediacion de los santos, bien que á renglon seguido protesta contra semejantes herejías, diciendo que no eran ideas suyas estas, sino de Berta, que era alemana (quiere decir protestante ó luterana), y para probar su fe ortodoxa hace proclamar á otro sujeto el credo católico.

Entre sus demás escritos citaremos á *Zanitonella* ó sea la historia de Tonello y Zanina, y los tres libros de las moscas (*Moschearium* ó *Moscheidos*), ó sea la guerra entre las moscas y las hormigas, que acaba con la victoria de estas últimas. Estas obras no tienen tampoco mérito ni ofrecen mas interés

que las parodias y alusiones mas ó menos transparentes y mordaces, una contra la poesía bucólica forzada y puramente convencional, y otra contra Homero. En *Zanitonella* desahoga su ira contra los alemanes, diciendo en lenguaje macarrónico:

*Nos tedesorum furiam scapamus
Qui greges robant, casamenta brusant,
Feminas sforant, vacuant vascellos,
Cuncta ruinant, etc.*

En «Las Moscas,» dice el rey de los abejorros dirigiéndose á Júpiter:

*Jupiter humanam si vellet sternere gentem
Sumamus cur non? praelia contra Jovem.*

Esto escribió Folengo cuando iba corriendo la tuna, porque como ya dijimos, se arrepintió de sus pasados extravíos en la última parte de su vida. En esta última época escribió



Lionel de Este, señor de Ferrara, etc. *Generalis Romano Armata*. Victor Pisano modeló y fundió la medalla, siendo el artista mas afamado en este ramo. Data del año 1441, en que se casó Lionel con María, hija del rey Alfonso de Nápoles, y á este casamiento se refiere la cara que representa un leon, (alusión al nombre de Lionel), que se deja engañar por Amor. En la pilastra detrás del leon figura un palo con una vela hinchada, como símbolo de la Perseverancia. El tamaño de la medalla, que se encuentra en el gabinete numismático real de Berlin, es dos quintas partes mayor que el grabado

la obra: *Chaos del Triperuno* (Caos del Tres en uno), alusión á los tres nombres bajo los cuales habia publicado sus obras retozonas. Tambien escribió una *Vida de Cristo* y el *Auto de la Pinta*, para ser representado en la antigua iglesia de Santa María de la Pinta, cuyo auto trata de la creacion del mundo y de la encarnacion del Verbo.

«Todo se da en Milan á los literatos, pero en Verona nada,» dijo Poggio en sus *Chistes*, porque habló por propia experiencia; y aunque el dicho es algo exagerado, en el fondo tenia razon Poggio. Sin embargo, Verona tuvo su parte en el Renacimiento. Contra este honor se ha hecho valer la razon singular de que en aquella ciudad no eran odiados los alemanes y que ya en 1407 habia allí una cátedra de alemán subvencionada con 100 libras anuales y confiada á un tal Niccoli; pero esto se explica por la posicion geográfica y el comercio activo que allí se hacia con Alemania; de modo que Verona era en cierto modo una plaza mercantil internacional. En cambio, adúcese en abono de su espíritu entonces moderno, que allí se cultivó con preferencia la lengua latina y se descuidó la italiana tanto que desde 1471 hasta 1489 no se sabe de ninguna obra en prosa italiana publicada por un veronés, ni en Verona ni en otra parte, y que en dicho decenio se publicaron en Verona 97 obras latinas, escritas en la misma ciudad, y se imprimieron solo ocho libros italianos. Otra circunstancia á favor de la perte-

nencia de Verona al nuevo movimiento es su patriotismo local, derivado de la antigüedad y corroborado por el hecho siguiente. Hasta fines del siglo xv se habia admitido que los dos Plinius habian nacido en la ciudad de Como, pero en 1496 el editor Alejandro de Benedictis publicó un escrito de Mateo Rufo en el cual este defendió la tesis de que Plinio el mayor habia nacido en Verona, lo cual determinó á los dos hermanos impresores Augusto y Jaime Britanico, en una nueva edicion de la *Historia naturalis* del eminente autor latino, á sustituir la denominacion: *Plinius Novocomensis* por la de *Plinius Veronensis*.

Juan Bautista Guarino, con el sobrenombre de Veronés, fué, como Victorino Rambaldoni de Feltre, un maestro y profesor como pocos países y épocas los han tenido. Nació Guarino en 1370 y murió en 1460. En 1429, cuando habia enseñado ya por espacio de nueve años en Verona, fué llamado á Ferrara para encargarse de la enseñanza de los hijos del soberano. Admitió despues otros alumnos, hijos de familias distinguidas, y al propio tiempo muchos pobres. Posteriormente desempeñó, durante largos años, una cátedra en la universidad, á la cual asistieron asiduamente los príncipes Lionel y Borso, los cuales á pesar de no haber recibido educacion literaria, facilitaron tambien el establecimiento de la imprenta en sus Estados y auxiliaron con grandes donativos á poetas y hombres de ciencia, pidiendo en cambio los elogios de reglamento, como el príncipe Borso la *Borscida*.

Tanto le gustaron á este soberano los honores, que decretó por sí los que no se le hicieron espontáneamente, y en el año 1453 dispuso una entrada triunfal en Reggio á imitación de la que el rey Alfonso había tenido en Nápoles.

De Ferrara pasó Guarino á Verona, aunque no con la alegría que deja suponer su poesía dirigida á sus paisanos y titulada: *Guarinus ad Veronenses sub patria nomine eum vocantes*, sino con la presunción triste de que no les hallaría muy dispuestos á hacer sacrificios por las letras.

Tan grande fué su celo en la educación de la juventud y tan felices los resultados que coronaron sus esfuerzos, que el papa Pio II (Eneas Silvio) dijo: «Ha sido maestro de casi todos los que en nuestro tiempo se han distinguido en el cultivo de las humanidades.» Su ramo especial era la enseñanza de las lenguas antiguas, pero al mismo tiempo veló también por el perfeccionamiento moral de sus discípulos, porque era hombre religioso, y en sus ratos de ocio estudiaba la Biblia, se carteaba y trataba personalmente con personas reputadas por santas. Sin embargo, también defendió las letras profanas contra el espíritu exclusivista de los eclesiásticos fanáticos, y esta misma mezcla de principios religiosos severos y del estudio de humanidades trató de inculcar á sus alumnos.

La enseñanza, que tan á pechos tomó, le dejó todavía tiempo para escribir gran número de obras literarias, como traducciones del griego, discursos de toda clase, lecciones é introducciones para los cursos universitarios, disertaciones filológicas y críticas sobre autores griegos y latinos, poesías y discursos en prosa para celebrar determinados sucesos. De todos estos trabajos pocos fueron dados á la estampa, bien que muchos de los que se han conservado manuscritos (mas de ciento) lo merecían. Como todo literato, tuvo sus apologetas y sus críticos; Bartolomé Fazio fué de los primeros, Pablo Cortese de los segundos: este dijo que Guarino habría hecho mas por su celebridad si hubiese seguido el ejemplo del gran Victorino de Feltre, que nada escribió contentándose con su fama de profesor. El caso era que Guarino no se pareció á Victorino en mansedumbre ni en la calma de sabio á pesar de que le gustaba citar con frecuencia aquel dicho de Jenócrates: «Muchas veces me he arrepentido de haber hablado, pero nunca de haber callado.» Guarino, muy al contrario, tuvo muchos disgustos por la violencia con que se mezclaba en controversias sobre cuestiones nimias, como entonces era costumbre, por ejemplo sobre quién había sido mas grande, si César ó Escipión, y otras por el estilo, que solían conmover en aquellos tiempos á los literatos como si se tratara de las cosas mas importantes. Mas de una vez hubo de disculparse públicamente de ciertos juicios emitidos con demasiada ligereza, como cuando alabó con su precipitación apasionada el *Hermaphrodita* de Beccadelli, generalmente reprobado.

Bolonia, gobernada por los Bentivoglio, tuvo poca influencia en la política de Italia ni bajo el gobierno del eminente Juan II. Tampoco se contaba su universidad entre las mas brillantes, á pesar de ser una de las mas antiguas de Italia; pero no por esto dejó de ejercer una influencia notable en el Renacimiento ó cultivo de las humanidades, porque fué la mediadora entre la Italia intelectual y la Alemania. Efectivamente, en todo tiempo la de Bolonia fué la universidad donde estudiaron mas alemanes, sobre todo en la época del Renacimiento, y además merece una mención especial por los profesores que allí enseñaron, aunque adquirieron su celebridad en otras ciudades, como Filelfo, Guarino de Verona, Juan Aurispa, célebre profesor de lengua griega, y Codro Urceo, que merece un puesto especial aquí por su saber

profundo, que lució exclusivamente en Bolonia, y por la influencia que tuvo en el movimiento intelectual de aquella época.

Nació Urceo en el año 1446, en Rubiera, y despues de haber hecho sus estudios, pasó algunos años en Forli en calidad de maestro en la familia Ordellaffi, desde donde en 1482 se trasladó á Bolonia y allí ocupó la cátedra de griego hasta su muerte en 11 de febrero de 1500. Grande fué su fama de profesor y vastísimo el campo de su actividad, tanto que acudían para oír sus explicaciones de griego jóvenes de todas partes de Italia y de Alemania, y no faltó quien dijo que hasta el célebre Nicolás Copérnico había sido uno de sus discípulos, si bien esto es bastante inverosímil.

También era Urceo excelente latinista, según lo acreditan las poesías que compuso en esta lengua, como panegíricos de príncipes y de hombres famosos en las letras, entre ellas una dedicada á Homero, al cual Codro Urceo profesaba una veneración especial. Otras poesías latinas del mismo autor celebran sucesos de la época y todas demuestran su talento notable y su buen gusto, entre otras los comentarios de la *Aulularia* de Plauto, que prueban una erudición grande, y sus traducciones y discursos, por lo general arreglados y compuestos antes de pronunciarlos. Estos se distinguen ventajosamente de las composiciones análogas de otros autores humanistas por su brevedad y lenguaje sobrio y preciso.

Codro Urceo no era solamente notable por su erudición, sus tareas literarias y su enseñanza, sino también por su carácter é índole personal. No era crítico rabioso como la mayoría de sus colegas del Renacimiento, ni ávido de ponerse en evidencia ni deseoso de alabanzas; vivía casi retirado del mundo sin hacer caso de lo que de él se decía, rechazando los elogios que se hacían de él con las palabras: *Sibi scire videntur*. Pidió que en su epitafio se pusieran solo estas dos palabras: *Codrus eram*, que indican su modestia á la par que la conciencia varonil legítima de su mérito. Era bondadoso y dadivoso con sus discípulos, que agradecidos le llamaban padre y procuraban hacerle olvidar la falta de familia; en cambio con las personas á las cuales nada debía, era avaro y huraño. Decididamente, era libre-pensador en materias religiosas, se burlaba francamente de las necias discusiones teológicas de los clérigos; satirizaba su conducta inmoral, se reía de la inmortalidad del alma, y cuando su casa fué destruida por un incendio, declaró públicamente que retiraba su veneración á la Virgen y que en adelante se asociaría para siempre con el diablo. Estas ideas independientes se asociaban en aquel tiempo muy bien con la superstición mas crasa, y Codro Urceo no era una excepción de esta clase de espíritus avanzados, porque entre otras necedades creía que el año que acababa en 54 era un año de desgracia, porque sus decenas y unidades formaban un producto de los números 6 y 9; pero por esta misma mezcla de sabiduría, superstición y demás cualidades buenas y malas, es para nosotros un tipo muy característico de aquella época.

CAPITULO X

LORENZO DE MÉDICIS

Lorenzo de Médicis era hijo de Pedro el Gotoso y nieto de Cosme, al cual se parecía mas en sus cualidades que á su padre. Su madre, Lucrecia Tornabuoni, le dió además de la vida, su «natural alegre y la afición á componer fábulas,» porque ella, mujer bella y hacendosa, buena madre de sus siete hijas, se recreaba en el seno de su familia, pero también procuraba por el lustre de su casa y le gustaba tomar parte en los sucesos públicos como en el movimiento literario. Com-

puso poesías, loas, cánticos religiosos alabando á la Virgen y al Mesías; tradujo pasajes de la Biblia y favoreció y vió nacer el gran poema caballeresco de Luis Pulci, del cual hablaremos mas adelante, y que enaltece de una manera cómica las fechorías de esforzados caballeros, pero también ataca con odio feroz á los sacerdotes y la creencia en los milagros con frases anti-religiosas.

Lorenzo de Médicis nació el 1.º de enero de 1449, época turbulenta y de luchas interiores con partidos contrarios. El príncipe Cosme había recomendado á su hijo y sucesor Pedro como uno de los partidarios mas firmes y mas fieles de su casa, á un tal Diostesalve Neron, el cual propuso á Pedro que retirara los capitales que su padre había prestado sin interés á muchos de sus partidarios. Estos con tal medida quedaron en extremo descontentos y facilitaron la conspiración que el tal Diostesalve proyectaba con otros hombres notables, contra el gobierno de los Médicis en general y contra la vida de Pedro en particular. A los conspiradores nunca faltan pretextos: la santa palabra de libertad, que ha resonado en todas las luchas interiores y en muchas guerras exteriores, en todos los pueblos y tiempos, palabra que había resonado en Florencia ya en el año 1434, cuando el pueblo se levantó para entregarse á los Médicis, volvió á resonar en 1494 contra ellos. Los conspiradores hablaron como siempre de los derechos conculcados del pueblo, pero con el propósito de imponer su despotismo al mismo pueblo tan pronto como hubiera quedado vencedor; querían para sí la independencia que predicaban y exhortaban al pueblo á que la conquistase, reservándose el someterle á una nueva esclavitud. Este es el sentido de todas aquellas conspiraciones, aunque son diferentes los nombres de Médicis, Soderini, Pitti y Neroni. Este fué también el de la conjuración del año 1466, que fué sofocada merced al afecto que profesaba el pueblo á la casa de Médicis, y así Pedro hijo de Cosme, pudo gobernar el Estado hasta su muerte, que ocurrió en 3 de diciembre de 1469. El gobierno y el partido revolucionario habían entrado ya en tratos con jefes guerreros para reforzar con ellos y sus tropas su acción, y todo estaba preparado cuando se perdió por la imprudencia de algunos conjurados, apostados para asesinar á Pedro en el camino por el cual tenía costumbre de pasar desde su quinta de Carreggi á la ciudad. Aquel día pasó su hijo Lorenzo temprano por allí y uno de los apostados, que le parecieron sospechosos, le preguntó si su padre estaba todavía en la quinta; Lorenzo contestó en tono tranquilo y pasó adelante, como sin dar muestras de sospecha, pero apenas hubo perdido de vista á aquellos hombres mandó corriendo á uno de sus criados á la quinta para avisar á su padre del peligro é instarle á que tomara otro camino, y así se salvó.

Lorenzo y su hermano Julian I, que sucedieron juntos á su padre y juntos se encargaron del gobierno de la república, habían recibido una educación literaria primorosísima. Ambos se desarrollaron intelectual y corporalmente, y se distinguieron en todos los ejercicios varoniles, pero Lorenzo, además, como poeta y orador, sobresalió entre la juventud florentina.

Un amigo de Lorenzo, llamado Braccio Martelli, dispuso en 1467 un torneo para celebrar el casamiento de su hermana. Lorenzo quedó vencedor y recibió el premio de manos de Lucrecia Donati, la cual, con los demás amigos, le exigió la promesa de dar también un torneo. En 1469 cumplió su palabra, y este torneo, en el cual quedó también vencedor Lorenzo, fué una de las festividades mas solemnes que en Florencia se habían visto. El lujo que se desplegó, y en el cual también excedió Lorenzo á todos los demás, fué deslumbrador; pero todo este brillo quedó oscurecido por la reina de la fiesta, la misma Lucrecia Donati, el ideal de Lo-

renzo, de quien permaneció fiel amante toda su vida (1) y la dedicó un gran número de sonetos hermosos, elegantes y llenos de ideas que pintan la vida de amor, sus penas, cuitas, dolores y glorias. Algunas de estas composiciones se parecen en el sentimiento y lenguaje á las de Petrarca, con su voluptuosidad del dolor y de la privación, y su armonía maravillosa, que distingue á los sonetos de los poetas del siglo XIV y XV tan ventajosamente de los posteriores.

Aquel mismo año del torneo que dió lugar al amor poético de Lorenzo de Médicis, fué también el año de su casamiento con Clara Orsini, á quien su madre le había buscado á fines del año anterior en Roma. Era Clara una joven bella y rica, que dió á su esposo tres hijos, Pedro, Juan y Julian. Ambos esposos, que se amaban entrañablemente, educaron de comun acuerdo á los tres jóvenes, y á la muerte de la madre en 1488 continuó educándoles el padre en el sentido que lo había hecho aquella. En ninguna de sus poesías habla Lorenzo de su esposa, evidentemente para no profanar su vida y dicha domésticas, pero en sus cartas ya era otra cosa, y así como despues de su boda no pudo menos de hablar de su felicidad conyugal, del mismo modo sintió la necesidad de comunicar su dolor á la muerte de su esposa, como en efecto lo hizo nada menos que en un documento diplomático dirigido al papa Inocencio VIII, en estos términos: «La muerte reciente de mi amada y dulce Clara me causa por infinitas razones tan gran dolor, que ha postrado mis fuerzas, aunque las crea á prueba de los golpes mas duros del destino. Privado de la sociedad de mi amable compañera y la felicidad de mi vida doméstica, siento que mi resistencia ha llegado á su último límite, y no encuentro ya tranquilidad ni consuelo para mi profundo dolor.»

El mismo año de su casamiento murió su padre Pedro, despues de cinco años de un reinado agitado, lleno de luchas y guerras contra muchos adversarios sin tener tiempo de vencerlos á todos. Maquiavelo ha conservado un discurso que Pedro pronunció poco antes de su muerte, en presencia de los magnates florentinos, y en el cual caracterizó perfectamente la posición singular de su familia á la cabeza del gobierno y en frente de la resistencia de los grandes y notables, diciéndoles: «Vosotros despojais á vuestros vecinos de sus bienes, vendeis la justicia, eludís resoluciones de la república, oprimís á los pacíficos y elevais á los soberbios. Yo creo que en toda la Italia junta no se ven tantas violencias ni tanta codicia como en esta ciudad. ¿Os ha dado vuestra patria la vida para que le quiteis la suya? ¿Os ha hecho sus dueños para que la destruyais? ¿Os ha honrado para que la vilipendieis?»

En este estado se hallaba la república florentina cuando Lorenzo de Médicis se encargó del gobierno, habiendo salido apenas de la adolescencia, y le sucedió lo que su padre le había anunciado poco antes de morir: «Ten presente que has de envejecer antes de tiempo.»

Lorenzo era alto, de color cetrino, cabello negro; el sonido de su voz era por lo general ronco, pero su trato era amable y en la conversacion se mostraba elocuente, sagaz, chistoso y aun mordaz, hasta el punto de aumentar notablemente el número de chistes y burlas que tanta nombradía dieron á Florencia entre las otras ciudades de Italia en el siglo XV. Un ciudadano míope de Sena le dijo que el aire de Florencia dañaba la vista, y Lorenzo le contestó: «Y el aire de Sena daña á los sesos.» Le gustaba levantarse tarde, y á un conoci-

(1) Habla el literato. El hecho fué, como se verá luego, que aquel mismo año se casó Lorenzo con Clara Orsini para la cual fué un esposo amante, y ambos vivieron felices hasta que la muerte les separó. Este amor con la Donati fué como el de Petrarca con su Laura.